

Plaza pública

para la edición del 1o. de febrero de 1996

Zedillo, el Papa, Prigione

Miguel Ángel Granados Chapa

Por la diferencia de horario, cuando el lector tenga este ejemplar en sus manos ya habrá ocurrido el encuentro del Papa Juan Pablo II con el Presidente Zedillo, que lo visitaría a las once de la mañana de Roma. Introducida a última hora, esta etapa del viaje presidencial tendrá probablemente más efectos prácticos que las restantes, pues repercutirá en el talante de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en México.

El Presidente Zedillo no cuenta entre sus prioridades favoritos el trato con los obispos ni con el embajador vaticano. Hasta noviembre de 1994, el nuncio Jerónimo Prigione entraba y salía de Los Pinos, o se comunicaba con su huésped principal con toda naturalidad (aun para avisar de su encuentro con los peligrosos narcotraficantes Arellano Félix). Pero eso era antes, pues el pragmatismo del Presidente Salinas le permitió canjear el estatuto jurídico que otorgó a la Iglesia, a cambio de apoyo político y una succulenta aportación para restaurar su legitimidad en entredicho. En cambio, su sucesor no encuentra gratificación alguna en el trato con un sector que a juicio de muchos habla más de la cuenta, y ya no ofrece nada a cambio. Por eso, quizá, el Ejecutivo manifestó un cierto enfado con la estructura eclesiástica al culparla, en una entrevista con el diario español El

País, de favorecer durante siglos la marginación de los indios en Chiapas.

El brillo y el entusiasmo de los encuentros precedentes (ocurridos en 1991 y 1993, protagonizados por el Presidente Salinas y el Papa), ha cedido su lugar a una grisura tensa en el vínculo entre el Vaticano y el gobierno mexicano, a que no es ajeno el desgaste del embajador pontificio. Juan Pablo II padece no sólo un notable deterioro de su salud, sino que se ha opacado el fulgor de sus éxitos políticos. El retorno de los comunistas al poder en varios países antiguamente socialistas, y en especial la derrota de Lech Walesa en Polonia, la patria del Sumo Pontífice, han disminuido la gloria mundana que correspondió al Papa, como hábil operador político. Puede decirse que quien ha recibido hoy al Presidente de México es un jerarca en el crepúsculo de su vida o de su actuación pública. Zedillo, a su vez, si bien no es un jacobino ni un comecuras, se muestra más bien reticente al trato con obispos, incluido el de Roma. Y parece que ve en el Papa sólo la cabeza de la Iglesia y no el Jefe de un Estado con el que el suyo guarda relaciones, pues se había omitido el encuentro de hoy en la agenda original de esta gira.

Los embajadores correspondientes tampoco brillan por su entusiasmo en su labor. Guillermo Jiménez Morales, ex gobernador de Puebla, se fatigó ya de su paso por la diplomacia, al menos ante la Santa Sede, y volverá cuanto antes a México, por decisión propia. Y Prigione, a su vez, enfrenta una serie de dificultades en el plano personal, doméstico e institucional.

Delegado apostólico desde 1978, y nuncio a partir de 1992, cuando se establecieron relaciones diplomáticas entre México y el Vaticano, Prigione llegó a ser el jefe de la Iglesia mexicana, a despecho de deseado por los obispos nombrados antes de su llegada. Con ese carácter negoció con el gobierno mexicano la modificación de las leyes relativas a la organización eclesiástica, ofreciendo a cambio un sólido apoyo político. En 1986 por ejemplo, se puso del lado del secretario de Gobernación Manuel Bartlett en su disputa con los obispos chihuahuenses que protestaban contra la falta de democracia en su entidad. Y consagró con su presencia, al frente de una tropilla de prelados con alzacuello, la toma de posesión de Salinas, que llegó al poder en medio de persistente impugnación.

Pero luego del enorme éxito histórico conseguido cuando "México fue devuelto a Dios", la figura de Prigione ha venido a menos con velocidad. A pesar de que el actual Episcopado mexicano es en buena medida obra suya, porque su larga permanencia en México le ha permitido renovar conforme a sus ideas el gobierno de casi todas las diócesis mexicanas, se han ensanchado las zonas de conflicto entre el clero nativo y el representante papal. El asesinato del cardenal Posadas Ocampo, que el 23 de mayo de 1993 llegaba al aeropuerto de Guadalajara a recibir precisamente al nuncio, opuso a la mayor parte de los obispos con el embajador, empecinado sostenedor de la tesis oficial de la confusión, en la que no creen los prelados. En octubre siguiente, se frustró su empeño en despedir al obispo de San Cristobal de las Casas, y en 1994 no pudo controlar

el relevo en la presidencia de la Conferencia Episcopal Mexicana. Aun personas de su más cercano entorno, como el obispo de Cuernavaca, don Luis Reynoso, han de sentirse maltratadas por el nuncio. En vez de proponer al sucesor de don Sergio Méndez Arceo para que lo fuera del cardenal Ernesto Corripio Ahumada en la arquidiócesis primada, Prigione impulsó a Norberto Rivera Carrera quien, para colmo, contravendrá el ideal aristocrático y progubernamental de Prigione, por su inclinación al trabajo caritativo y su crítica al gobierno.

Si bien es obispo (titular de Lauriaco), como diplomático el nuncio no tiene que someterse a la regla de la jubilación episcopal a los 75 años, que él cumple en este 1996, por lo que será presionado para que ponga fin a sus funciones, al menos las que ha cumplido en México, siempre con un tono de superioridad frente al clero y los obispos locales. En su propia casa su talante le ha provocado problemas, pues las religiosas que lo atienden padecen, y no callan, del nuncio un trato desdeñoso e imperativo. Además, se ha introducido entre ellas la discordia, por el papel eminente que ha adquirido la hermana Alma, a quien no falta quien compare ya con Sor Pascualina, la monja que atendió al Papa Pío XII en su vejez, e influyó tanto en sus decisiones.